

Una rosa para Emily

I

Cuando murió la señorita Emily Grierson, casi toda la ciudad asistió a su funeral; los hombres, con esa especie de respetuosa devoción ante un monumento que desaparece; las mujeres, en su mayoría, animadas de un sentimiento de curiosidad por ver por dentro la casa en la que nadie había entrado en los últimos diez años, salvo un viejo sirviente, que hacía de cocinero y jardinero a la vez.

La casa era una construcción cuadrada, que había sido blanca en otro tiempo, decorada con cúpulas, volutas, espirales y balcones en el sobrecargado estilo brillante de los setentas; asentada en la que había sido la calle más exclusiva de la ciudad. Pero los garajes y las fábricas de algodón habían proliferado e incluso habían llegado a borrar el recuerdo de los nombres ilustres del vecindario. Tan sólo había quedado la casa de la señorita Emily, levantando su permanente y coqueta decadencia sobre los vagones de algodón y bombas de gasolina, ofendiendo la vista, entre las demás cosas que también la ofendían. Y ahora la señorita Emily había ido a reunirse con los representantes de aquellos ilustres hombres que descansaban en el cementerio bajo la sombra de los cedros, entre las alineadas y anónimas tumbas de los soldados Confederados y de la Unión, que habían caído en la batalla de Jefferson.

Mientras vivía, la señorita Emily había sido una tradición, un deber y un cuidado, una especie de heredada obligación para la ciudad, que databa del día en que el coronel Sartoris, el alcalde –autor del edicto que ordenaba que ninguna mujer negra podría salir a la calle sin delantal–, la eximió de sus impuestos, dispensa que había comenzado cuando murió su padre y que más tarde fue otorgada a perpetuidad. Y no es que la señorita Emily fuera capaz de aceptar una caridad. El coronel Sartoris inventó un cuento, diciendo que el padre de la señorita Emily había hecho un préstamo a la ciudad, y que la ciudad se valía de este medio para pagar la deuda contraída. Sólo un hombre de la generación y del modo de ser del coronel Sartoris hubiera sido capaz de inventar una excusa semejante, y sólo una mujer como la señorita Emily podría haber dado por buena esta historia.

Cuando la siguiente generación, con ideas más modernas, llegó al gobierno de la ciudad, aquel arreglo generó alguna pequeña insatisfacción. El 1º de enero le enviaron por correo el recibo de la contribución. Llegó febrero pero no hubo respuesta. Le escribieron una carta formal, citándola en el despacho del alguacil para un asunto que le interesaba. Una semana más tarde el alcalde en persona le escribió ofreciéndole ir a visitarla, o enviarle su coche para que acudiera a la oficina con comodidad, y recibió como respuesta una nota en un papel muy antiguo, con una caligrafía fluida y delgada en tinta desleída, comunicándole que no salía jamás de su casa. En el sobre también se incluía el recibo de la contribución sin más comentarios.

Convocaron, entonces, una reunión especial de la Junta de Concejales. Una delegación fue a visitarla. Llamaron a la puerta, cuyo umbral nadie había cruzado desde que ella había dejado de dar lecciones de pintura sobre porcelana, unos ocho o diez años antes. Fueron recibidos por el viejo negro en un oscuro vestíbulo del cual arrancaba una

escalera que subía en dirección a unas sombras aún más densas. Olía allí a polvo y a cerrado, un olor pesado y húmedo. El negro los condujo hasta la sala. Había muebles pesados tapizados en cuero. Cuando el negro abrió las persianas de una ventana, vieron que el cuero estaba agrietado y cuando se sentaron, en torno a sus muslos se levantó una nubecilla de polvo, que flotaba en ligeras motas perceptibles en un rayo de sol. Sobre un atril dorado frente a la chimenea había un retrato a lápiz del padre de la señorita Emily.

Se pusieron de pie cuando la señorita Emily entró -una mujer pequeña, obesa, vestida de negro, con una delgada cadena de oro en torno al cuello que descendía hasta la cintura y desaparecía en el cinturón, apoyada en un bastón de ébano con puño dorado. Sus huesos eran pequeños y regulares; quizás por eso, lo que en otra mujer pudiera haber sido tan sólo gordura, en ella era obesidad. Parecía hinchada, como un cuerpo que hubiera estado sumergido largo tiempo en agua estancada, y de ese mismo color pálido. Sus ojos, perdidos en las abultadas arrugas de su cara, parecían dos pequeñas piezas de carbón prensadas entre dos bollos de masa, cuando pasaban sus miradas de uno a otro de los visitantes, que le explicaban el motivo de su visita.

No los invitó a sentarse. Se detuvo en la puerta y escuchó callada, hasta que el portavoz hizo una pausa incierta. Pudieron oír entonces el tictac del reloj invisible que pendía de su cadena de oro.

Su voz fue seca y fría.

-Yo no pago impuestos en Jefferson. El coronel Sartoris me lo explicó. Pueden ustedes consultar los archivos del municipio y allí les informarán a su satisfacción.

-De allí venimos; somos las autoridades del municipio, Señorita Emily. ¿No ha recibido usted un comunicado del alguacil, firmado por él?

-Recibí un papel, sí -dijo la señorita Emily-. Quizá él se considera alguacil... Yo no pago impuestos en Jefferson.

-Pero en los libros no aparecen datos que indiquen una cosa semejante. Nosotros debemos seguir...

-Vea al coronel Sartoris. Yo no pago impuestos en Jefferson.

-Pero, Señorita Emily...

-Vea al coronel Sartoris (el coronel Sartoris había muerto hacía ya casi diez años.)

Yo no pago impuestos en Jefferson. ¡Tobe!- El negro apareció. -Muestra la salida a estos señores.

II

Así pues, la señorita Emily venció a los concejales que fueron a visitarla del mismo modo que treinta años antes había vencido a los padres de los mismos concejales, en aquel asunto del olor.

Eso ocurrió dos años después de la muerte de su padre y poco después de que su prometido -todos creímos que iba a casarse con ella- la hubiera abandonado. Cuando murió su padre apenas si volvió a salir a la calle; después de que su prometido desapareció, casi dejó de vérsela en absoluto. Algunas señoras tuvieron el valor de ir a visitarla, pero no fueron recibidas; y la única señal de vida en aquella casa era el criado negro -por entonces un hombre joven-, que entraba y salía con la cesta del mercado al brazo.

“Como si un hombre -cualquier hombre- fuera capaz de tener la cocina limpia”, comentaban las señoras, así que no les extrañó cuando empezó a sentirse aquel olor; y esto constituyó otro motivo de relación entre el bajo y prolífico pueblo y aquel otro mundo alto y poderoso de los Grierson.

Una vecina presentó una queja ante el alcalde, el juez Stevens, anciano de ochenta años.

-¿Y qué quiere usted que yo haga? -dijo el alcalde.

-¿Qué quiero que haga? Pues que le envíe una orden para que lo remedie. ¿Es que no hay una ley?

-No creo que sea necesario -afirmó el juez Stevens-. Será que el negro ha matado alguna culebra o alguna rata en el jardín. Ya le hablaré acerca de ello.

Al día siguiente, recibió dos quejas más, una de ellas partió de un hombre que le rogó cortésmente:

-Tenemos que hacer algo, señor juez; por nada del mundo querría yo molestar a la Señorita Emily; pero hay que hacer algo.

Esa noche, se reunió la Junta de Concejales—tres hombres que peinaban canas, y otro algo más joven, un miembro de las nuevas generaciones—.

—Es muy sencillo— afirmó éste—. Ordenen a la Señorita Emily que limpie el jardín, denle algunos días para que lo lleve a cabo y si no lo hace...

-Por favor, señor -dijo el juez Stevens-. ¿Va usted a acusar a una dama de que huele mal?

Al día siguiente, después de la medianoche, cuatro hombres cruzaron el césped de la finca de la señorita Emily y se deslizaron alrededor de la casa, como ladrones nocturnos, husmeando los cimientos del edificio, construidos con ladrillo, y las ventanas que daban al sótano, mientras uno de ellos hacía un acompasado movimiento, como si estuviera sembrando, metiendo y sacando la mano de un saco que tenía colgado al hombro. Abrieron la puerta de la bodega, y allí esparcieron cal, y también en las construcciones cercanas a la casa. Cuando emprendían el regreso, detrás de una iluminada ventana que cuando llegaron estaba oscura, vieron sentada a la señorita Emily, rígida e inmóvil como un ídolo. Se arrastraron en silencio a través del jardín y bajo la sombra de las acacias que se alineaban a lo largo de la calle. Una semana o dos más tarde, aquel olor había desaparecido.

Así fue cómo el pueblo empezó a sentir verdadera compasión por ella. Todos en la ciudad recordaban que su tía abuela, la anciana lady Wyatt, había acabado completamente loca, y creían que los Grierson se creían más de lo que realmente eran. Ninguno de los jóvenes era suficientemente bueno para la señorita Emily. Nos habíamos acostumbrado a representarnos a ella y a su padre como un cuadro. Al fondo, la esbelta figura de la señorita Emily, vestida de blanco; en primer término, su padre, dándole la espalda, con un látigo en la mano, y los dos, enmarcados por la puerta de entrada a su mansión. Y así, cuando llegó a los treinta años todavía soltera, si bien no nos sentíamos exactamente contentos sí experimentábamos un cierto sentimiento de desquite. A pesar de la locura de su familia, ella no habría rechazado todas sus oportunidades si se hubieran presentado.

Cuando murió su padre, se supo que a su hija sólo le quedaba en propiedad la casa, y en cierto modo esto alegró a la gente. Al fin podían compadecer a la señorita Emily. Ahora que se había quedado sola y era pobre, se había vuelto humana. Ahora aprendería a conocer los temblores y la desesperación de tener un céntimo de más o de menos.

Al día siguiente de la muerte de su padre, las señoras fueron a la casa a visitarla a dar el pésame y ofrecer su ayuda. Como es nuestra costumbre, la señorita Emily las recibió en la puerta, vestida como siempre, y sin muestra ninguna de pena en el rostro. Les dijo que su padre no estaba muerto. En esta actitud se mantuvo tres días, mientras la visitaban los ministros de la Iglesia y los doctores trataban de persuadirla de que los dejara entrar para disponer del cuerpo del difunto. Cuando ya estaban resueltos a valerse de la fuerza y de la ley, la señorita Emily se quebró y entonces se apresuraron a enterrar al padre.

No dijimos entonces que estuviera loca. Creímos que no había tenido más remedio que hacer eso. Recordábamos a todos los jóvenes que su padre había desechado, y sabíamos que ahora que no le quedaba nada no tendría más remedio que aferrarse a aquello que la había despojado, como decía la gente

III

La señorita Emily estuvo enferma mucho tiempo. Cuando la volvimos a ver, llevaba el cabello corto, lo que la hacía aparecer joven como una muchacha, con una vaga semejanza con esos ángeles que figuran en los vitrales de las iglesias, de expresión a la vez trágica y serena...

Por entonces justamente la ciudad acababa de firmar los contratos para pavimentar las calles, y en el verano siguiente a la muerte de su padre empezaron los trabajos. La compañía constructora vino con obreros, mulas y maquinaria, y un capataz llamado Homer Barron, un yanqui, un hombre corpulento, de tez oscura, enérgico, de voz gruesa y ojos más claros que su rostro. Los jovencitos de la ciudad solían seguirlo en grupos, por el gusto de verlo insultar a los obreros, y oír a éstos cantar, mientras alzaban y dejaban caer el pico. Homer Barron conoció en seguida a todos los vecinos de la ciudad. Dondequiera que, en un grupo de gente, se oyera reír a carcajadas se podría asegurar, sin temor a equivocarse, que Homer Barron estaba en el centro de la reunión. Al poco tiempo empezamos a verlo acompañando a la señorita Emily en las tardes del domingo, paseando en la calesa de ruedas amarillas o en un par de caballos bayos de alquiler...

Al principio todos nos sentimos alegres de que la señorita Emily tuviera un interés en la vida, aunque todas las señoras decían que: "Por supuesto, una Grierson no podía pensar seriamente en un hombre del Norte, y trabajador." Pero había otros, y éstos eran los más viejos, que afirmaban que ni siquiera la pena podría hacer olvidar a una verdadera señora aquello de *noblesse oblige* -claro que sin decir *noblesse oblige*-. Sólo decían: "¡Pobre Emily! ¡Sus parientes deberían venir a acompañarla!" La señorita Emily tenía familiares en Alabama, aunque ya hacía muchos años que su padre se había enemistado con ellos, a causa de la vieja lady Wyatt, la que se volvió loca, y desde entonces se había roto toda relación entre ellos. Ni siquiera habían venido al funeral.

Pero en cuanto la gente mayor empezó a decir: "¡Pobre Emily!", comenzaron las murmuraciones: "Pero ¿tú crees que se trata realmente de...?" decían "¡Pues claro que sí! ¿Qué va a ser, si no?", y para hablar de ello, ponían sus manos cerca de la boca. Y cuando los domingos por la tarde, desde detrás de las ventanas entornadas para evitar la entrada excesiva del sol, oían el vivo y ligero clop, clop, clop, de los bayos en que la pareja iba de

paseo, podía oírse a las señoras exclamar una vez más, entre un rumor de sedas y satenes: “¡Pobre Emily!”

La señorita Emily seguía llevando la cabeza bien alta, aun cuando todos creíamos que había caído. Parecía como si, más que nunca, reclamara el reconocimiento de su dignidad como última representante de los Grierson; como si tuviera necesidad de este contacto con lo terrenal para reafirmar su impenetrabilidad. Como cuando compró el veneno para las ratas, el arsénico. Esto ocurrió un año después de que empezaron a decir: “¡Pobre Emily!”, y mientras sus dos primas estaban de visita.

-Necesito un veneno -dijo al farmacéutico. Tenía entonces algo más de treinta años y era aún una mujer esbelta, aunque algo más delgada de lo usual, de ojos fríos y altaneros que brillaban en un rostro en el que la carne parecía haber sido estirada en las sienes y alrededor de las cuencas de los ojos; como uno se imagina que debe parecer el rostro del cuidador de un faro. -Necesito un veneno -dijo.

-Sí, señorita Emily. ¿De qué tipo? ¿Es para las ratas? Yo le recom...

-Quiero el mejor que tenga -interrumpió-. No importa la clase.

El farmacéutico le enumeró varios. -Pueden matar hasta un elefante. Pero ¿lo que usted necesita es. . .?

-Arsénico- dijo la señorita Emily- ¿Es bueno?

-¿Si el arsénico...? Sí, señora. Pero lo que usted quiere...

-Quiero arsénico.

El farmacéutico la miró de arriba abajo. Ella le sostuvo la mirada, erguida como una bandera que flamea extendida.

-Sí, claro -respondió el hombre-. Si así lo desea. Pero la ley le ordena decir para qué lo va a emplear.

La señorita Emily continuaba mirándolo, ahora con la cabeza algo inclinada hacia atrás, fijando sus ojos en los ojos del farmacéutico, hasta que éste desvió su mirada, fue a buscar el arsénico y se lo empaquetó. El muchacho negro que hacía las entregas le llevó el paquete; el farmacéutico no volvió a salir. Cuando la señorita Emily abrió el paquete en su casa, vio que en la caja, bajo una calavera y unos huesos, estaba escrito: “Para las ratas”.

IV

Al día siguiente, todos decíamos: “Se va a suicidar” y pensábamos que era lo mejor. Cuando empezó a hacerse ver con Homer Barron, pensamos: “Se casará con él”. Más tarde dijimos: “Ella va hacerle cambiar de opinión”, pues Homer, que frecuentaba el trato de los hombres y se sabía que bebía bastante, había dicho en el Club Elks que él no era un hombre de los que se casan. Y luego dijimos: “¡Pobre Emily!” desde atrás de las persianas, cuando los domingos por la tarde los veíamos pasar en la calesa, la señorita Emily con la cabeza erguida y Homer Barron con su sombrero de copa, un cigarro entre los dientes y las riendas y el látigo en las manos cubiertas con guantes amarillos....

Fue entonces cuando las señoras empezaron a decir que aquello constituía una desgracia para la ciudad y un mal ejemplo para la juventud. Los hombres no quisieron tomar parte en aquel asunto, pero al fin las damas convencieron al ministro de los bautistas -la señorita Emily pertenecía a la Iglesia Episcopal- de que fuera a visitarla. Nunca se supo lo que ocurrió en aquella entrevista; pero en adelante el clérigo no quiso volver a oír nada acerca de una nueva visita. El domingo que siguió a la visita del

ministro, la pareja cabalgó de nuevo por las calles, y al día siguiente la esposa del ministro escribió a los parientes que la señorita Emily tenía en Alabama....

De este modo, tuvo a sus parientes bajo su techo y todos nos pusimos a observar lo que pudiera ocurrir. Al principio no ocurrió nada, y empezamos a creer que al fin iban a casarse. Supimos que la señorita Emily había estado en casa del joyero y había encargado un juego de tocador para hombre, en plata, con las iniciales H.B. Dos días más tarde nos enteramos de que había encargado un equipo completo de trajes de hombre, incluyendo la camisa de noche, y nos dijimos: "Van a casarse" y nos sentíamos realmente contentos. Y nos alegrábamos más aún, porque las dos parientas que la señorita Emily tenía en casa eran todavía más Grierson de lo que la señorita Emily había sido....

Así pues, no nos sorprendimos mucho cuando Homer Barron se fue, pues la pavimentación de las calles ya se había terminado hacía tiempo. Nos sentimos, en verdad, algo desilusionados de que no hubiera habido una notificación pública; pero creímos que iba a arreglar sus asuntos, o que quizá trataba de facilitarle a ella el que pudiera verse libre de sus primas. (Por este tiempo, hubo una verdadera intriga y todos fuimos aliados de la señorita Emily para ayudarla a desembarazarse de sus primas). En efecto, pasada una semana, se fueron y, como esperábamos, tres días después volvió Homer Barron. Un vecino vio al negro abrirle la puerta de la cocina, en un oscuro atardecer.

Y ésta fue la última vez que vimos a Homer Barron. También dejamos de ver a la señorita Emily por algún tiempo. El negro salía y entraba con la cesta de ir al mercado; pero la puerta de la entrada principal permanecía cerrada. De vez en cuando podíamos verla en la ventana, como aquella noche en que algunos hombres esparcieron la cal; pero casi por espacio de seis meses no fue vista por las calles. Todos comprendimos entonces que esto era de esperar, como si aquella condición de su padre, que había arruinado la vida de su mujer durante tanto tiempo, hubiera sido demasiado virulenta y furiosa para morir con él....

Cuando vimos de nuevo a la señorita Emily había engordado y su cabello empezaba a ponerse gris. En pocos años este gris se fue acentuando, hasta adquirir el matiz del plomo. Cuando murió, a los 74 años, tenía aún el cabello de un intenso gris plomizo, y tan vigoroso como el de un hombre joven....

Todos estos años la puerta principal permaneció cerrada, excepto por espacio de unos seis o siete, cuando ella andaba por los 40, en los cuales dio lecciones de pintura china. Había dispuesto un estudio en una de las habitaciones del piso bajo, al cual iban las hijas y nietas de los contemporáneos del coronel Sartoris, con la misma regularidad y aproximadamente con el mismo espíritu con que iban a la iglesia los domingos, con una pieza de ciento veinticinco para la colecta.

Entretanto, se le había dispensado de pagar las contribuciones.

Cuando la generación siguiente se ocupó de los destinos de la ciudad, las discípulas de pintura, al crecer, dejaron de asistir a las clases, y ya no enviaron a sus hijas con sus cajas de pintura y sus pinceles, a que la señorita Emily les enseñara a pintar según las manidas imágenes representadas en las revistas para señoras. La puerta de la casa se cerró de nuevo y así permaneció en adelante. Cuando la ciudad tuvo servicio postal, la señorita Emily fue la única que se negó a permitirles que colocasen encima de su puerta los números metálicos, y que colgasen de la misma un buzón. No quería ni oír hablar de ello.

Día tras día, año tras año, veíamos al negro ir y venir al mercado, cada vez más canoso y encorvado. Cada año, en el mes de diciembre, le enviábamos a la señorita Emily

el recibo de la contribución, que nos era devuelto, una semana más tarde, en el mismo sobre, sin abrir. Alguna vez la veíamos en una de las habitaciones del piso bajo –evidentemente había cerrado el piso alto de la casa– semejante al torso de un ídolo en su nicho, dándose cuenta, o no dándose cuenta, de nuestra presencia; eso nadie podía decirlo. Y de este modo la señorita Emily pasó de una a otra generación, respetada, inasequible, impenetrable, tranquila y perversa.

Y así murió. Cayo enferma en aquella casa, envuelta en polvo y sombras, teniendo para cuidar de ella solamente a aquel negro torpón. Ni siquiera supimos que estaba enferma, pues hacía ya tiempo que habíamos renunciado a obtener alguna información del negro. Probablemente este hombre no hablaba nunca, ni aun con su ama, pues su voz era ruda y áspera, como si la tuviera en desuso.

Murió en una habitación del piso bajo, en una sólida cama de nogal, con cortinas, con la cabeza apoyada en una almohada amarilla, empalidecida por el paso del tiempo y la falta de sol.

V

El negro recibió en la puerta principal a las primeras señoras que llegaron a la casa, las dejó entrar curioseándolo todo y hablando en voz baja, y desapareció. Atravesó la casa, salió por la puerta trasera y no se volvió a ver más.

Las dos primas de la señorita Emily llegaron inmediatamente, dispusieron el funeral para el día siguiente, y allá fue la ciudad entera a contemplar a la señorita Emily yaciendo bajo montones de flores, y con el retrato a lápiz de su padre colocado sobre el ataúd, acompañada por las dos damas sibilantes y macabras. En el balcón estaban los hombres, y algunos de ellos, los más viejos, vestidos con su cepillado uniforme de confederados; hablaban de ella como si hubiera sido contemporánea suya, como si la hubieran cortejado y hubieran bailado con ella, confundiendo el tiempo en su matemática progresión, como suelen hacerlo las personas ancianas, para quienes el pasado no es un camino que se aleja, sino una vasta pradera a la que el invierno no hace variar, y separado de los tiempos actuales por la estrecha unión de los últimos diez años.

Ya todos sabíamos que en el piso superior había una habitación que nadie había visto en los últimos cuarenta años y cuya puerta tenía que ser forzada. No obstante esperaron a que la señorita Emily descansara en su tumba para abrirla.

Al echar abajo la puerta, la habitación se llenó de una gran cantidad de polvo que pareció invadirlo todo. Una atmósfera tenue y acre como de tumba parecía sentirse por todas partes en esta habitación, preparada y adornada como para una boda; sobre las cortinas, de un marchito color de rosa; sobre las pantallas rosadas, sobre el tocador; sobre la araña de cristal; sobre los objetos de tocador para hombre, en plata tan oscurecida que apenas se distinguía el monograma con el que estaban marcados. Entre estos objetos aparecía un cuello y una corbata, como si se hubieran acabado de quitar y que, al ser levantados, dejaron sobre la superficie del tocador una pálida media luna en medio del polvo. En una silla estaba un traje de hombre, cuidadosamente doblado; al pie de la silla, los calcetines y los zapatos.

El hombre yacía en la cama.

Por un largo tiempo nos detuvimos en la puerta contemplando aquella sonrisa profunda y descarnada. El cuerpo aparentemente había quedado en la actitud de abrazar;

pero ahora el largo sueño que dura más que el amor, que vence al gesto del amor, lo había aniquilado. Lo que quedaba de él, putrefacto bajo lo que había sido camisa de dormir, se había convertido en algo inseparable de la cama en que yacía. Sobre él, y sobre la almohada que estaba a su lado, se extendía la misma capa de denso y tenaz polvo.

Entonces nos dimos cuenta de que en aquella segunda almohada había una depresión dejada por otra cabeza. Uno de nosotros levantó algo que había sobre ella e inclinándonos hacia delante, mientras se metía en nuestras narices aquel débil e invisible polvo seco y acre, vimos una larga hebra de cabello gris.

William Faulkner